

Así es y así piensa

LEOPOLDO CALVO-SOTELO

Candidato al Congreso por Madrid

Por una huelga, una boda. Los nombres de los apóstoles. Un corazón ferroviario. Más de veinte años diputado. Con vela latina por la ría del Eo. Unamuno, profesor de religión. Música de piano.

Había huelga en las Escuelas Especiales. Leopoldo Calvo-Sotelo, estudiante de ingeniero de Caminos, y como representante de sus compañeros de curso, estaba metido en el grupo que acaudillaba aquella huelga, y fue citado por el entonces ministro de Educación, don José Ibáñez Martín, en su domicilio particular. Las dos horas de antesala, desde las siete de la tarde a las nueve de la noche, se le hicieron cortas con la emoción de que iba a dialogar, mano a mano, con un miembro del Gobierno.

Entró en su despacho. Se enfrascaron en la conversación. De pronto se abrió la puerta y entró una chica de 18 años para preguntar: «Papá, ¿cuándo cenamos?». Eran las 12 de la noche. Al día siguiente, Leopoldo se gastó los pocos duros que tenía para mandar a Pilar unas flores, con las que se disculpaba por haberla obligado a cenar tan tarde. Ella le convidó a un guateque. Y, bueno, ahora tienen ocho hijos. Siete de ellos, varones. Los dos últimos, de trece años, gemelos, se llaman Pablo y Andrés.

—En cuanto vimos que la familia iba para numerosa, decidimos echar mano del Colegio Apostólico para encontrar suficientes nombres.

Para el ministro de Relaciones con Europa no poder atender tanto como quisiera su vida familiar es el mayor sacrificio que le exige su dedicación política, mucho más exigente que las obligaciones empresariales, a las que ha dedicado veinticinco años. Con una experiencia intercalada en el sector público como presidente de Renfe, que le dejó una profunda huella.

—Los ferrocarriles tienen algo especial, y uno se siente ferroviario, aunque, como yo, haya pasado rápidamente junto a ellos.

Sin embargo, Leopoldo Calvo-Sotelo tenía que acabar siendo político. Por sus dos apellidos le acuciaba la vocación. Sobradamente conocido su tío José, hermano mayor de su padre, su abuelo materno —Ramón Bustelo— perteneció al grupo liberal de don Segismundo Moret y fue diputado a Cortes por Ribadeo en todas las legislaturas desde 1899 a 1923, salvo en alguna, en que salió senador. Y Leopoldo vivió con su abuelo Ramón desde que, a los siete años, se quedó sin padre.

Quince tenía cuando llegó a Madrid, en 1941, y su amigo Juan Durán le llevó al círculo de jóvenes de Acción Católica Nacional de Propagandistas, del que era Secretario Federico Silva, y donde intimó, entre otros, con Fernando Álvarez Miranda, José Luis Ruiz Navarro, Alfonso Osorio, José María Ruiz Gallardón y Miguel Sánchez Mazas. Poco después se afiliaba a las Juventudes Monárquicas, de las que era presidente Joaquín Satrustegui.

En Ribadeo, un año antes de venir a la capital, un inglés le regaló una traducción española, prohibida, de la encíclica de Pío XI contra



el Reich alemán. Y se enfrentó a un Madrid germanófilo —de los 125 alumnos de su clase en el Instituto Cervantes eran aliadófilos únicamente dos— enarbolando las ideas liberales de su abuelo Ramón.

Precisamente en ese Instituto pareció que le nacían dos vocaciones, la física teórica y la filosofía, influido por dos magníficos profesores: Antonio Mingarro y Manuel Cardenal Iracheta. Pero su madre, viuda, no andaba sobrada de recursos en aquellos difíciles años cuarenta y había que olvidarse de teorías y de sueños para estudiar una carrera que le permitiera ganar dinero pronto. Se hizo ingeniero de Caminos.

Sin embargo, la política le tenía bien cogido. Y ahora quiere volver a ser diputado, porque piensa que la política no es verdadera si no hunde sus raíces en la confianza de la gente, y esa confianza sólo se puede buscar a través de unas elecciones.

Cuenta con una experiencia interesante. Por razón de su trabajo ha cotemplado la evolución política española vista desde fuera, donde ha escuchado opiniones de gentes importantes que la consideran ejemplar.

—A pesar de que las apariencias no sean de color de rosa, vamos a entrar en una etapa de consolidación y resolveremos definitivamente los problemas que no nos han dejado vivir en paz desde hace 150 años. Hay dificultades por delante. Pero con un camino abierto. Perfectamente vencibles.

Y volvamos al hombre para descubrir en Calvo-Sotelo los más sorprendentes contrastes. De apariencia seca, de gesto duro, le sueñan por dentro imprevisibles cuer-

pero, a media noche, se levanta para tomar notas y fijar ideas. Ya no me extrañaría que también se pusiera a tocar el piano a la luz de la luna.

—Pues la verdad es que, efectivamente, tengo un par de cursos de solfeo. Puedo leer música con alguna dificultad y toco el piano muy mal, pero me divierte mucho.

Totalmente imprevisible. Punto.

JOSE JAVIER ALEIXANDRE

das sensibles, artísticas y deportivas.

Es político, pero más que a los políticos admira a los escritores. Durante ocho años, influido por la amistad con el hermano menor de su padre, el prolífico dramaturgo Joaquín Calvo-Sotelo, asistió a todos los estrenos teatrales de Madrid. Pero, ave nocturna, aparentemente sometida a la tiranía de los espacios cerrados, era un enamorado de la naturaleza al aire libre. Andarín de montaña y amigo de navegar en un bote con vela latina de los que se utilizaban para pescar en la ría del Eo, antes de la invasión del motor. Incluso, tardíamente, ha empezado a esquiar para disfrutar del deporte de la nieve con sus hijos.

—Cuando tenía la edad adecuada no disponía de dinero para el equipo y ahora que me lo puedo comprar ya no estoy para aprendizajes.

Incluso su postura religiosa —se confiesa profundamente creyente— me dice que no la ha adquirido en ningún colegio confesional, al que nunca asistió, sino leyendo libros prohibidos. Y tiene que agradecer a Unamuno que le ayudara a superar la típica crisis de los veintitantos años y le devolviera la profundidad de la fe.

Pocas veces ha perdido el sueño. Y más por heridas superficiales que por heridas profundas.